

"Ein bisschen Leichtsinn kann nicht schaden" o la moral de la cebolla

JOSÉ LUIS SAGÜÉS NAVARRO

Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 31 de enero de 2010

Aceptado: 30 de marzo de 2010

RESUMEN

El Premio Nobel de Literatura Günter Grass, el ya fallecido escritor de la RDA Franz Fühmann, el ex-terrorista de las RZ Hans-Jochen Klein, y el Prof. de Filología Alemana Jaime Cerrolaza se reúnen para hablar de la última novela de Grass *Beim Häuten der Zwiebel*.

Palabras clave: Günter Grass, superación del pasado, literatura y memoria, literatura y responsabilidad política.

“Ein bisschen Leichtsinn kann nicht schaden” or the Moral of the Onion

ABSTRACT

The Nobel Prize winner for Literature Günter Grass, the late GDR writer Franz Fühmann, the ex RZ terrorist Hans-Jochen Klein and the Professor of German Philology Jaime Cerrolaza meet to discuss Grass' latest novel *Beim Häuten der Zwiebel*.

Key words: Günter Grass, Overcoming the Past, Literature and Memory, Literature and Political Responsibility.

Ein bisschen Leichtsinn kann nicht schaden,
Lass der Jugend ihr Vergnügen.
Die frohen Tage verfliegen,
Darum lass dir keine grauen Haare wachsen, denn:
Ein bisschen Leichtsinn kann nicht schaden,
Lass der Jugend ihre Freuden.
Bis du bald so alt wie der Methusalem,
Wirst du eingestehn: auch ich war jung.
Und darum drücke heute beide Augen zu,

Gib der Jugend nur den rechten Schwung.
 Fort mit den Sorgen, das ist heut die Parole.
 Kinder, seid lustig, und tanzt `ne kese Sohle.
 Was kann uns das Leben
 Noch Schön`res geben
 Als einen lust`gen Tag.
 Ein bisschen Leichtsinn...

Kommst du langsam ins gesetzte Alter,
 Wirst du elegisch, nimmst den Federhalter,
 Schreibst die Memoiren
 Aus jungen Jahren,
 Wo du noch keck gesagt:
 Ein bisschen Leichtsinn kann nicht schaden.¹

Quizá tarareara Günter Grass esta canción de los Comedian Harmonists, el sexteto musical de mayor éxito en Alemania entre 1927 y 1935, mientras escribía su última novela autobiográfica *Beim Häuten der Zwiebel*². Puede ser que recordara incluso a los tres componentes judíos de aquel inolvidable grupo vocal masculino, Roman Cychowski, Erich A. Collin y Harry Frommermann, que tuvieron que exiliarse en 1935 para no seguir la misma suerte de los millones de judíos que murieron en los campos de concentración y de exterminio. Ciertamente es que –como dice la canción– Günter Grass no haya tenido que ser tan viejo como Matusalén para reconocer que en su juventud pudo ser un poco loco y decidiera presentarse voluntario a las *Waffen-SS* durante los últimos meses de la guerra. Tenía entonces 17 años. Esta última novela la ha escrito con 78. El caso es que ha tardado más de sesenta años en reconocer que había mentado sobre su participación en la guerra. Más concretamente, y siempre según el propio Grass, con 15 años se presentó voluntario para servir en los submarinos donde no fue aceptado por razones de su escasa edad, pero dos años después se incorporó a la 10ª *SS-Panzer Division* Frundsberg. Grass había mantenido siempre que había sido un *Flakhelfer*, un soldado ayudante en las baterías antiaéreas. Dicha división combatió desesperadamente contra la ofensiva soviética a mediados de abril de 1945 en la región de Lausitz, entre Spremberg y Bautzen. En la retaguardia, las *SS* cometieron todo tipo de atrocidades contra los prisioneros de guerra polacos y soviéticos, también contra la población civil alemana que decidía rendirse. Numerosos monolitos recuerdan todavía hoy aquellas atrocidades perpetradas por las *SS*. En Forst, un pueblo a orillas del río Neisse, hay erigido un monolito con la siguiente inscripción: "Hier ruhen 80 namenlose Deutsche, ermordet im April 1945 in Weissagk durch die SS". Un mes más tarde, el 8 de mayo de 1945, capitularía el Tercer Reich. En la entrevista que Günter Grass concedió al periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung* dos semanas antes de la puesta en venta

¹ Cit. en *Berlin Comedian Harmonist*. Teatro Real. Temporada 2006/2007. Madrid: Teatro Real 2007, p. 27.

² GRASS, G., *Beim Häuten der Zwiebel*. Göttingen: Seidel 2006.

de la novela, recordando los episodios bélicos confesaba su pertenencia a las Waffen-SS: "Das hat mich bedrückt. Mein Schweigen über all diese Jahre zählt zu den Gründen, warum ich dieses Buch geschrieben habe. Das musste raus, endlich"³.

En la misma entrevista precisaba: "Und für mich, da bin ich meiner Erinnerung sicher, war die Waffen-SS zunächst einmal nichts Abschreckendes, sondern eine Eliteeinheit, die immer dort eingesetzt wurde, wo es brenzlich war, und die, wie sich herumsprach, auch die meisten Verluste hatte". A la pregunta del entrevistador de si la confesión se debía a algún sentimiento de culpa Grass respondía: "Währenddessen? Nein. Später hat mich dieses Schuldgefühl als Schande belastet. Es war für mich mit der Frage verbunden: "Hättest du zu dem Zeitpunkt erkennen können, was da mit dir vor sich geht?"

Ni que decir tiene que el contenido de la entrevista provocó un auténtico alud de reacciones diversas en los medios de comunicación alemanes e internacionales. Podría hablarse de decepción, de hipocresía, de valentía, de fariseísmo, de alivio, de oportunismo, de mero cálculo mercantil para incrementar la venta del libro, de cinismo.

A mí la revelación de Grass me ha provocado un sentimiento que va desde la incredulidad a la decepción, de la desolación a la rabia. Naturalmente que he considerado a Günter Grass un referente ético, que he aplaudido con fuerza su coherencia, su empeño en que no se hiciera tabula rasa del pasado. Por eso resulta decididamente deshonesto mantener un engaño durante tanto tiempo. Su confesión actual parece obedecer más a otras razones que no a un auténtico y crítico examen de su conciencia. De manera implacable Grass fue señalando con el dedo durante décadas las faltas o las implicaciones con el régimen nazi de sus conciudadanos, pero sin desvelar nunca un pasado sobre el que ha mentido. En su novela, tanto que habla de haberla escrito para desprenderse de su vergüenza, no se narra lo que en realidad hizo o vivió durante sus meses en las *Waffen-SS*. Resulta irritante tanta frivolidad, porque no ofrece ninguna explicación a años de mutismo sobre su propia conducta. El libro, tratándose de unas memorias, no es precisamente paradigma de la transparencia. La vaguedad parece ser el principal estilo cuando se refiere a la guerra y cuando se trata de expresar la verdad de lo ocurrido en terribles episodios bélicos, todo se difumina y se convierte en metáfora. Pero ni una respuesta a las sencillas preguntas de dónde, cuándo, cómo, quién. El historiador Sönke Neitzel lo ha resumido de la siguiente manera: "Auf Grass fällt kein Schatten. Das Buch ist voller Andeutungen, aber selten werden Namen oder Daten genannt, mit denen sich ein Bericht überprüfen lassen könnte. Grass werfe mehr Fragen auf, als er Antworten biete"⁴.

Con su silencio, Grass cobraba ventaja en la polémica con sus adversarios. Él bien podía etiquetar a los demás por su reconocido pasado sin temor a que le pudieran replicar. Esa actitud es cuando menos cobarde.

³ Cit. en el artículo "Das musste raus, endlich", publicado en la *Süddeutsche Zeitung* 185 (12 y 13 de agosto 2006), p. 11.

⁴ NEITZEL, S., "Fehlbar und verstrickt", *Der Spiegel* 34 (21 de agosto 2006), p. 60.

Probablemente, todas las reacciones a las que me he referido sean comprensibles tratándose de quien a lo largo de décadas se había empeñado en convertirse en la conciencia moral de Alemania. Así, la revista *Der Spiegel* en su número 34 del 21 de agosto de 2006 le dedicaba la portada donde un Günter Grass caricaturizado toca el tambor sobre un casco militar con las runas de las SS, pero no al modo de Oskar Matzerath en *Die Blechtrommel*. La portada titulaba: "Der Blechtrommler. Spätes Bekenntnis eines Moral-Apostels" y en un largo reportaje con el título "Fehlbar und verstrickt", algo así como falible y enredado, se despachaba a gusto contra quien había jugado a ser el guardador de la ética y ahora le tocaba sentarse en el banquillo de los acusados. Hay, en cualquier caso, una gran coincidencia en los innumerables artículos de prensa en la sorpresa que ha producido tan tardía confesión de quien, efectivamente, se había erigido en el gran exhortador y amonestador de las conciencias alemanas de posguerra. Las posturas enfrentadas podríamos resumirlas en los calificativos del escritor Rolf Hochhuth de "ekelhaft" o "widerlich" –repugnante y asqueroso– o en la consideración del catedrático de retórica Walter Jens, para quien la confesión de Grass sería "abgewogen, präzise und vernünftig"⁵ esto es: sopesada, precisa y razonable.

El caso es que tan largo y probablemente calculado silencio plantea, naturalmente, un problema moral. Personalmente, considero que conceder una entrevista para confesar un hecho que, lógicamente, no iba a dejar indiferente a nadie apenas dos semanas antes de la puesta en venta del libro es, cuando menos, de escaso buen gusto. Sobre todo, porque ni en la entrevista ni en la novela da Grass razón del por qué de tan larga amnesia. Si fuera cierto que la vergüenza se le había hecho insoportable, resulta sorprendente que en las 480 páginas de la novela su pertenencia a la SS le dedique apenas unos párrafos. Resulta imposible resumir los innumerables artículos que se han escrito inmediatamente después de la entrevista de Grass con el periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, pero no me resisto a citarles el artículo de Ijoma Mangold⁶ en el que lleva el título: "Seht, wie meine Augen tränen. Günter Grass häutet seine Zwiebel, findet darin aber nur Metaphern: Eine Rezension seines Erinnerungsbuchs." Resulta paradójico, viene a escribir Ijoma Mangold, porqué a la opinión pública le resulta tan grato convertir a escritores en auténticas autoridades morales y apenas se ocupan por el contenido literario de sus obras. No importa que los valores estéticos de las obras sean escasos mientras que la coherencia del escritor se mantenga. Parece ser el caso de *Beim Häuten der Zwiebel*, aunque no sea el único. Según la periodista, el estilo de Grass en esta novela no es precisamente bajo en colesterol. Podría considerárselo con un estilo barroco campesino, plagado de adjetivos donde la redundancia sería el principio supremo. Se trataría de una prosa cruda, artificiosa, algo roma, a veces manierista otras pedante y grotesca. Un estilo, en definitiva, construido casi exclusivamente con metáforas, donde apenas encontramos palabras de uso común. La lectura de esa esencia poética solo resultaría comparable con el ir chupando dados

⁵ Ibid., 47.

⁶ MANGOLD, I., "Seht, wie die Augen tränen", *Süddeutsche Zeitung* 190 (19 y 20 de agosto 2006), p. 11.

o cubitos de caldo, ya sea Maggi o Gallina Blanca. La reseña concluye de la siguiente manera:

Günter Grass vorzuwerfen, dass er als Jüngling an das Dritte Reich geglaubt hat, ist absurd. Über sein langes Schweigen aufschreien mag, wer ihn zuvor zur moralischen Ikone erhöht hat – es hat aber etwas Tantenhaftes. Die Rückgabe des Nobelpreises zu verlangen ist lächerlich. Und wer jetzt auch das bisherige literarische Werk demoliert sieht, der möge bitte über seinen Literaturbegriff Auskunft geben. Eines aber kann man sagen: Die literarische Form, die Grass für sein Eingeständnis bemüht hat, enthält entschieden zu viele Metaphern. Und solche erhellen die Abgründe des Lebens meistens nicht.⁷

Pero precisemos: nadie le ha reprochado a Grass que a los 17 años fuera miembro de las *Waffen-SS* finalizando ya la guerra, sino que silenciara su pertenencia a las mismas, dejando además que se creyera que había sido un simple soldado en las baterías antiaéreas. Pero quisiera llamar la atención sobre el caso de Joachim Fest (1926-2006) que murió el 11 de septiembre de 2006 poco antes de que se publicara su libro *Ich nicht – Erinnerungen an eine Kindheit und Jugend*⁸, que podría ser, implícitamente, una réplica a la novela de Grass. Si en su novela Grass viene a decir que él colaboró con los nazis, que todos lo hicieron, Fest dice categóricamente en la suya: Yo no. Alguien los ha denominado como el alborotador izquierdista y el ilustrado y conservador burgués. El uno simpatizante furibundo, el otro un decidido no colaboracionista.

El historiador y publicista Joachim Fest, autor de una excelente biografía sobre Hitler publicada en 1973 y de la más conocida obra *Der Untergang. Hitler und das Ende des Dritten Reiches* de 2002, que fue posteriormente llevada al cine con notable éxito, persona de la derecha más conservadora y afiliado durante largo tiempo a la CDU, insiste en sus memorias en que no sólo no perteneció a las *SS*, sino que si se presentó voluntario al ejército del aire, a la *Luftwaffe*, fue precisamente para evitar su incorporación, quizá forzada, a las *SS*. Y el padre de Joachim bramó entonces: "Zum Verbrecherkrieg Hitlers melde sich keiner freiwillig"⁹. Pero Joachim Fest jamás disimuló su toma de decisión. De hecho, el padre de Joachim Fest, militante republicano, prusiano convencido, burgués ilustrado, católico, socialdemócrata, jamás cedió ante los nazis. De él aprendió Joachim la discreción, la conducta, el valor y el no sometimiento. Las memorias de Fest están dedicadas a sus padres. En una entrevista con Malte Herwig Fest, refiriéndose a la revelación de Grass, contesta:

SPIEGEL: Sie bezeichnen Grass in Ihren Memoiren als einen der ungezählten auf sich zeigen, aber keine eigene Schuld sahen. Schuld sahen sie nur bei anderen. Würden Sie das heute noch einmal so schreiben?

⁷ Ibid.

⁸ FEST, J., *Ich nicht – Erinnerungen an eine Kindheit und Jugend*. Reinbeck: Rowohlt 2006.

⁹ Cit. en MATUSSEK, M., "Der Herbst der Flakhelfer", *Der Spiegel* 34 (21 de agosto 2006), p. 155.

FEST: Nein. Ich würde sagen, er hat keine Schuld auf sich geladen, aber er ist ziemlich leichtfertig mit seiner Vergangenheit umgegangen, Für jemanden, der alle moralisch in Acht und Bann tut, dis sich nicht zu seiner Auffassung bekannt haben, ist das ein reichlich ärmliches Verhalten.¹⁰

Redactando esta ponencia he tenido ocasión de leer la columna de Eduardo Mendoza:

Al inicio del libro *Fest* resuelve con emocionante sencillez tanto el caso de Grass como el de Kurt Waldheim. Todo lo que sucedió, viene a decir, no habría sucedido si la gente hubiera tenido sensatez y fidelidad a la república. No habla de valor, y menos de heroísmo, que no se puede exigir a nadie y que, al margen de su ejemplaridad, no sirve para nada. Sólo sensatez y fidelidad. Dos virtudes que lo arreglan todo y cuestan poco, pero que hay que ejercer antes y no después de la hecatombe.¹¹

Comparto la opinión de que resulta ridículo exigir a Grass la devolución del Premio Nobel de Literatura, que se le otorgó en 1999, por reconocer ahora su pertenencia a las *Waffen-SS*. En primer lugar, porque libros como *Die Blechtrommel* (1959), *Der Butt* (1977) o *Das Treffen in Telgte* (1979) atesoran tanto interés como calidad literaria, que justificarían cualquier premio, no así otros como *Ein weites Feld* (1995) o *Mein Jahrhundert* (1999), donde encontramos a un Günter Grass en claro declive literario. Es cierto que Lars Forssell, miembro del jurado de la Academia sueca que distinguió a Grass con el Premio Nobel en 1999 comentara que de haberse sabido entonces la biografía real de Grass, se hubieran producido discusiones y dudas en el jurado pero, en todo caso, de carácter extraliterario. También a Camilo José Cela le dieron el Premio Nobel de Literatura en 1989 y nadie ignoraba que estuvo integrado en el bando franquista durante la Guerra Civil Española y que en la posguerra ocupara un puesto en el cuerpo de Investigación y Vigilancia, donde trabajó de censor. De chivato y delator, dirían otros, no sin razón.

El caso de la confesión de Günter Grass ha levantado una gran polémica, porque resulta enormemente incomprensible tan largo silencio. Hay quien ha hablado de justificaciones de índole psicológicas, pero ocasiones tuvo para reconocer su pasado mucho antes. Duele que cuando presentó en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes, el 23 de octubre de 1999 su libro *Mi siglo*, dijera con total desparpajo que quería contar la historia desde un punto de vista no oficial. Quería contar estas historias desde el punto de vista de la gente que no hace historia, que no tiene poder. De los perdedores. Desde luego, no lo ha hecho en *Beim Häuten der Zwiebel*. Duele también que el Nobel fuera anunciado en la sede de la Academia sueca por el secretario permanente de la institución, Horace Engdahl, que señaló que el premio era para un autor que con vivas fábulas negras ha dibujado el rostro oculto de la historia. Pero era Grass quien ocultaba su doble faz. Duele que Pilar Bonet y Ricardo Escudero

¹⁰ Ibid., 154.

¹¹ MENDOZA, E., "Sensatez", *El País* (25 de junio 2007), p. 72.

escribieran en su crónica en el diario *El País* del 1 de octubre de 1999 que “el escritor dijo que siempre había procurado ver la historia desde abajo, y escribir desde la perspectiva de los que son víctimas y perseguidos”. Pero Grass guardaba todavía silencio sobre su propio pasado. Duele que el premio Nobel de Literatura de 1998, José Saramago, dijera entonces de manera casi profética que él le daría el próximo Nobel a Günter Grass, entre otras razones porque tanto su estilo como su mirada sobre el hombre son un buceo en la identidad profunda de Alemania. Alemania es un país complicado, y los alemanes siguen sufriendo los traumas derivados de los conflictos y las guerras. Eso ha creado una especie de doble conciencia y un sentimiento de culpa. Günter Grass, siempre según Saramago, tuvo la valentía de enfrentarse con su obra a esos problemas.

Pero Grass todavía no había querido bucear en su propio pasado, o se había asentado en la doble conciencia, pero dejando el reconocimiento de culpa para mucho después, en el caso que queramos entender que los escasos párrafos que le dedica a su participación en la división Frundsberg de las SS en su última novela lo sea. Duele y no poco que el profesor y traductor Carlos Fortea escribiera en *La Razón* del viernes 1 de octubre de 1999 una columna con el título: “Padre Coraje” donde dice:

La Academia sueca ha otorgado el Premio Nobel a Günter Grass, y tras el júbilo, se abre paso enseguida la profunda emoción de ver premiada una lucha constante e indomable en la persona de uno de los puntales de la conciencia humana en este siglo que muere. Grass: el coraje. Grass: la memoria. Grass: la decencia [...] Grass ha sido el representante de la moral frente a la complacencia, de la dignidad frente al acoso de la prosperidad y el compromiso frente a la indiferencia.

¿Qué decimos ahora? Duele que Juan Ángel Juristo, en el mismo número de *La Razón* titulara su columna “El programa moral de la escritura” concluyendo que “la Academia sueca ha premiado a uno de los representantes que han hecho de Europa aquello que es ahora, y un ejemplo de honestidad intelectual”. No es de honestos negar los propios hechos u ocultarlos en beneficio particular. Duele que Miguel Sáenz, el excelente traductor de tantos libros de Grass, escribiera también en ese mismo periódico: “Günter Grass, desde siempre, ha estado en la vanguardia de la intelectualidad responsable, y no ha querido renunciar nunca a su incómodo papel de conciencia de Alemania”. Pero para otros puede haberse colocado ahora en la retaguardia de los desmemoriados y oportunistas. Hace sonreír, sin embargo, la anécdota que cuenta Jaime Siles también en *La Razón* de que en un encuentro entre Günter Grass y Juan Benet en el Instituto Alemán de Madrid a mediados de los años ochenta, Grass invocara el compromiso político del escritor. Benet defendió como único compromiso el que existe con la propia escritura. Grass le espetó un “el señor Benet seguramente será tan buen escritor como pésimo ciudadano”; a lo que Benet respondió, a vuelta de frase, con un “el señor Grass seguramente será tan buen ciudadano como pésimo escritor”. Se equivocaba Benet. Grass es un gran escritor. Después de su entrevista al *Frankfurter Allgemeine Zeitung* habrá que repensarse lo de su buena ciudadanía. Pero vuelve a doler que Juan Goytisolo escribiera también en *El País* en la misma fecha que los anteriores:

La normalización y democratización de Alemania, que transformó en pocos años un país vencido y en ruinas en un gigante económico, miembro además de la estructura militar de la OTAN y la futura Unión Europea, aconsejaban apartar los ojos de un pasado reciente, brutal y molesto: la responsabilidad colectiva del pueblo alemán en la elección del Führer y los subsiguientes crímenes del nazismo. Dicho olvido voluntario resultaba tal vez necesario durante un breve periodo de tiempo para salir del estado de postración y vergüenza inherentes al recuerdo de lo acaecido, mas su prolongación y mutación en amnesia favorecen hoy el negacionismo de la extrema derecha o la difusión de versiones más suaves y aceptables de los hechos mediante el distinguo entre el patriotismo alemán y los extravíos del hitlerismo.¹²

¡Pero el olvido voluntario de Grass ha sido de sesenta años! Goytisolo cita en ese artículo –se trata realmente de un extracto de su intervención en la presentación en Madrid de “Es cuento largo”, en 1997– las palabras de Günter Grass en su ensayo “La libertad regalada” donde resume que el genocidio que Alemania planeó, ejecutó, toleró, negó y ocultó, y que no obstante estuvo y está a la vista de todo el mundo, sigue sin ser digerido, indigerible, como una rueda de molino colgada del cuello de los alemanes, incluyendo a los nacidos después de todo aquello. En su caso, sesenta años de digestión se nos antojan excesivos.

No seguiré insistiendo. Pero, naturalmente, tengo que pensar en todos aquellos que teniendo entonces más o menos la misma edad que Günter Grass murieron en los campos de concentración, en la horca o en la guillotina, jóvenes que luchaban en la resistencia, jóvenes que estuvieron contra Hitler desde el comienzo. Tengo que recordar a los hermanos Hans y Sophie Scholl del grupo antinazi *Die weiße Rose* que fueron guillotinado el 22 de febrero de 1943 en la prisión de Stadelheim de Múnich? Hans tenía 24 años y Sophie 21. También fueron guillotinado meses más tarde el resto de los componentes del grupo: Kurt Huber, catedrático de sicología y ciencias musicales, de 50 años, Willi Graf, de 25 años, Christoph Probst, 23 años, y Alexander Schmorell, 25 años. Fueron millones los que murieron por oponerse al nazismo. El historiador Joachim Fest evitó siempre consideraciones y juicios morales en su obra. Parafraseando a su padre decía que la moral se entiende por sí misma, no hay que explicarla. El que no se encarcele a la gente sin motivo, que no se torture, que no se den palizas, que no se practique el terrorismo debiera ser un sobreentendido. El problema que nos dejan los nazis no reside en la moral, sino en el reconocimiento. Hay que procurar entender cómo fue posible la perversión de las conductas durante el nacionalsocialismo.

En este sentido, me voy a referir muy brevemente a dos casos que tienen que ver con esto. El primero es el de Franz Fühmann (1922-1984), escritor de la República Democrática Alemana. Fühmann, hijo de un farmacéutico, dirigente del partido nazi en su pueblo Rochlitz an der Iser, ingresó a los 16 años en la *Reiter Sturm-Abteilung*, la caballería, y luchó desde 1941 hasta el final de la guerra como soldado de la *Wehrmacht*. Prisionero de guerra con los soviéticos durante cuatro

¹² GOYTISOLO, J., “Pájaros que ensucian su propio nido”, *El País* (1 de octubre 1999), p. 50.

años, pasó por la escuela central antifascista en Noginsk, cercano a Moscú. Una vez puesto en libertad se instaló en la RDA hasta su muerte. Gran parte de su producción literaria se refiere a los años del Tercer Reich y a la guerra. En su libro de narraciones *Das Judenauto* hace un profundo y honesto examen de conciencia reconociendo su implicación con el ejército nazi y la necesidad de enmienda. Continuamente volvió sobre la cuestión de cómo fue posible aquella barbaridad y asumió con responsabilidad e integridad su función, aunque fuera de mero soldado. Mantuvo con respecto a la RDA una actitud siempre crítica y procuró hacer de la lucha por la verdad un principio vital de conducta. Prácticamente nadie en la República Federal de Alemania se interesó por tan extraordinario escritor como persona íntegra. Ignoro si Grass lo leyó, pero de hacerlo quizá hubiera aprendido algo.

El otro caso que quiero traer a colación es el del terrorista Hans Joachim Klein (*1947). Con 27 años se enroló en las *Revolutionäre Zellen* participando en el atentado en la Conferencia de la OPEC de Viena en 1975 donde murieron tres personas. Poco después rompió con el grupo terrorista, pasó a la clandestinidad en Francia, envió su pistola a *Der Spiegel*, advirtió de atentados que se estaban planificando y en 1979 apareció su libro *Rückkehr in die Menschlichkeit. Appell eines ausgestiegenen Terroristen*. En 1998 abandonó la clandestinidad y se entregó a la policía alemana con el argumento de que tenía que asumir activamente su pasado para poder incorporarse de nuevo a la sociedad. Puesto a disposición judicial se le condenó a nueve años de cárcel en el año 2000. En el 2003 fue amnistiado. Me parece un ejemplo de valentía, de reflexión y de coherencia. Quizá Grass debiera reflexionar sobre ese hecho.

El periodista Thomas Steinfeld escribe en el *Süddeutsche Zeitung* del 19/20 de agosto de 2006: "Grass ist Deutschland". En qué medida lo sea, probablemente no lo sepa ni el propio Grass. El caso es que con su tardía confesión parece descubrirlo y con él todos los alemanes. Salman Rushdie lo ha comparado con Louis Ferdinand Céline, que simpatizaba con los fascistas y fue autor de los panfletos antisemitas *Bagatelles pour un massacre* (1937), *L'École des cadavres* (1938) y *Les Beaux draps* (1941). No creo que puedan compararse ambos casos. El escritor israelí Yoram Kaniuk ha comentado que en Günter Grass podrían reconocerse las dos almas alemanas: Dr. Faustus y Mefistófeles. Tampoco parece muy afortunada la comparación, pero sí puede decirse que en Grass se puede aprehender Alemania. Como igualmente se puede reconocer Alemania en personajes de su misma generación ya sean Martín Walser, Joachim Fest, Joseph Ratzinger, Jürgen Habermas o Hans M. Enzensberger.

Ojalá llegue el tiempo en que se mida con el mismo rasero a los autores alemanes de la RFA y de la RDA. Confiemos en que la caza de brujas que se inició contra los escritores de la RDA por su colaboración —cierta o no— con la Seguridad del Estado deje paso a una reflexión serena sobre la historia reciente de Alemania y la función de sus intelectuales. Quizá la confesión de Günter Grass contribuya a ello y se le pueda poner fin a estos episodios en un horizonte no muy lejano. O como bien escribe Matthias Matussek en su artículo arriba citado "Der Herbst der Flakhelfer" en *Der Spiegel*: "[...] dennoch wünscht man diesem Land schnell wieder die Hori-

zonte und die Leichtigkeit zurück und Marcel Reich-Ranicki, der den neuen Grass auch öffentlich so besprechen könnte: „Ich bitte Sie, drei Seiten SS, aber zehn Seiten übers Kochen, und das alles schlecht geschrieben, was soll das?“